

Trece

El hombre se colocó el sombrero de ala inclinándolo ligeramente hacia la derecha. Sabía perfectamente que ya nadie usaba esos sombreros y, de hecho, quizá era ese el motivo por el que él llevaba aquel siempre que salía de casa. Con los dedos algo arrugados y manchados por la edad, aunque todavía lo suficientemente firmes como para hacerse el café sin derramar una gota, terminó de abotonarse el largo abrigo negro y, santiguándose, “como hacen los viejos”, según sus propias palabras, salió de su casa.

Era una noche clara, de esas en que la luna ilumina el mundo con una luz casi sobrenatural. Haciendo que las sombras adquiriesen una consistencia inusitada. Enfundado en su oscuro abrigo y con el rostro semioculto por el sombrero, él parecía una sombra más. Y como una sombra salió de su hogar, una destartada casona antigua en pleno centro de la ciudad, en dirección a su próximo trabajo. Nunca había sentido mucho aprecio por su trabajo, aunque tampoco podía decirse que hubiese sentido aprecio alguna vez por algo. Más bien mantenía una relación cordial, podía decirse que, dentro del mundo desprovisto de emociones en el que se movía, su trabajo no le proporcionaba más problemas de los estrictamente necesarios. Con gesto confiado, sabiendo lo que iba a encontrar en el bolsillo del abrigo mucho antes de que sus marchitos dedos rozaran el trozo de papel, metió la mano y sacó un pequeño recorte.

“Avenida Cassans. Número 5. 23:35”

Las palabras estaban escritas con pulcra caligrafía y, aunque él nunca se había preguntado cómo sería la persona que le escribía los encargos, estaba seguro que debía tratarse de una mujer. Siempre había sido de los que creen que los hombres tienen una letra descuidada, las mujeres son mucho más meticulosas al escribir, eso era así desde que el mundo era mundo. Arrugó el trozo de papel y lo dejó caer sobre la acera mientras sus pies le encaminaban hacia la avenida Cassans. En el otro bolsillo del abrigo estaban sus guantes de cuero negro. Sabía que no los necesitaba, nunca dejaba pista alguna y no creía que los “polvitos mágicos” de la policía fuesen capaces de revelar sus huellas, pero a él le gustaba seguir el manual al pie de la letra, y aún recordaba que en la página cincuenta y dos, se recomendaba el uso de guantes.

La persistente brisa que soplaba por entre las callejuelas no resultaba decididamente fría, aunque, a pesar del abrigo, él podía sentirla. Sin embargo en su cabeza se arremolinaban las suficientes ideas como para que el frío acaparase algo de protagonismo. Últimamente no dejaba de pensar en que se estaba volviendo viejo, quizá demasiado viejo, para su gusto. Quizá se le podría haber reprochado que la vejez no es muy del gusto de nadie, sin embargo, a él empezaba a pesarle demasiado y este era un problema que no parecía tener mucha solución. Había vivido una larga vida, quizá mucho más larga de lo que realmente merecía. Sin embargo una vocecilla en su cabeza le decía una y otra vez que, por muy larga que hubiese sido su vida, la palabra plenitud no se podía aplicar en ningún caso. Hasta donde llegaba su memoria, y pese a la vejez

no había disminuido demasiado, todos los días habían sido una sucesión ininterrumpida de días grises y monótonos llenos de encargos inaplazables.

La luz amarillenta de un pequeño bar bañaba la acera por la que cruzaba. El leve aroma a cientos de comidas caseras, parecía formar parte de la escasa decoración y un amargo olor a tabaco viejo salía de la puerta como un cliente furtivo que pretendía pasar desapercibido bajo el disfraz del ambientador barato.

Un pequeño grupo de ancianos, cuatro o cinco a lo sumo, jugaban animadamente una partida de cartas, mientras se comentaban las últimas noticias del día.

Tras lanzar una mirada anhelante al cálido ambiente del interior del bar, el hombre, continuó su camino notando como un débil sentimiento recorría su pecho.

Sabía, desde hacía mucho tiempo, que las emociones no entraban dentro de su ajetreada vida, sin embargo había notado que en los últimos tiempos los pálidos fantasmas de lo que parecían sentimientos cruzaban su anciano corazón. Este era, quizá, el principal síntoma de que se estaba haciendo demasiado viejo.

Deteniéndose un momento para mirar su reloj de bolsillo, marcaba las once y media, decidió que había llegado el momento de arreglar algunos asuntos con “la dirección” del negocio. Sin embargo tras unos segundos de duda, aceleró el paso para llegar a tiempo al lugar del trabajo de aquella noche.

La avenida estaba desierta a aquellas horas de la noche. Era martes y la mayoría de la gente ya estaba en sus casas tratando de reunir fuerzas para el día siguiente.

Con la eficiencia fruto de la práctica paseó la mirada por la ancha avenida deteniéndose en la infinidad de objetos insignificantes que formaban parte del paisaje habitual de cualquier calle de ciudad. Una bolsa de patatas arrugada, tres latas de refresco vacías, dos docenas de colillas de diversas marcas, diecisiete tapones de plástico, tres monedas semiocultas y cientos de papeles entre publicidad y billetes usados de autobús urbano. Y eso sólo contando lo que había en el suelo. Tras meditar unos segundos comenzó a recoger las monedas, seguramente bastaría con eso.

Las recogió todas y empezó a frotarlas con el dorso de la manga de forma que quedaran un poco más limpias y brillantes. Después, con un paso ligero que desmentía su edad, se acercó al portal número cinco y las dejó en el suelo de forma que resultaran bien visibles. Después, siguiendo el procedimiento descrito en la página setenta y cuatro del manual, se retiró hasta un lugar discreto desde el que poder verificar que todo se desarrollaba de la forma correcta.

Ana, era una mujer mayor, desde luego no tan mayor como para estar en una residencia, pero lo suficiente como para tener que subir la escalera haciendo pequeños descansos cada dos escalones. Acababa de cumplir los setenta y cinco años, aunque ante sus escasos conocidos nunca admitía más de sesenta y nueve. Tenía un modesto piso, que a ella le parecía demasiado grande, especialmente cuando tenía que barrer y fregar el suelo y cada martes por la noche se acercaba a casa de su amiga Dolores para jugar una partidita de cartas con sus amigas.

Aquella noche en concreto se le había hecho especialmente tarde. A Ana no le gustaba caminar por la calle más tarde de las diez y media, sin embargo, durante la partida de aquella noche, Juliette, una de sus amigas, se había echado a llorar... Aquel día hacía un año que lucía riguroso luto. Así que mientras se consolaban y recordaban años más felices el tiempo se le había ido de las manos y ahora regresaba a su casa una hora más tarde. De todas formas Ana sabía que nadie le esperaba en casa. Hacía ya muchos años que era viuda, y al contrario que su amiga Juliette ya había superado la

perdida de su marido. No, no era en su marido en lo que estaba pensando la anciana mientras se acercaba al portal de su casa. Pensaba en la cena a solas mientras observaba el televisor, en el piso vacío durante el día siguiente, mientras ella no hacía otra cosa que hacer que limpiar o escuchar la radio... La soledad era el verdadero monstruo al que Ana temía enfrentarse.

Las tres relucientes monedas llamaron la atención de la anciana justo antes de que ésta sacase las llaves del bolso. Y mientras ella obligaba a su maltrecha espalda a doblarse para cogerlas una sombra con un anticuado sombrero de ala, sacó su reloj de bolsillo y cronometró los trece segundos que la mujer tardó en recoger y guardar la calderilla en el bolso.

Trece segundos....

En el instante en que el segundero marcó el decimotercer segundo, él, comprendió el motivo. Siempre había sucedido así, desde que podía recordar su oficio.

Anthony había pasado un buen rato con los amigos aquella tarde. Su equipo favorito no había marcado ningún tanto, pero las cervezas y las risas habían compensado la derrota. Aun le quedaban unos quince kilómetros de autopista para llegar a casa y el denso tráfico amenazaba con alcanzar el estatus de caravana así que pulsó la tecla de marcación abreviada en el móvil y llamó a su esposa. La voz de su mujer sonó extrañamente metálica al pasar por el amplificador de voz del manos libres.

- Dime cariño.
- No sé cuanto tardaré en llegar, hay un poco de tráfico, así que no empieces aún a hacer la cena por favor.
- Vale, por cierto tu hija... – Anthony sabía que siempre que Sandra hacía algo malo era “su” hija, mientras que el resto del tiempo era “nuestra” hija así que interrumpió a su mujer a mitad de la frase.
- ¿Qué ha hecho esta vez Sandra?
- Pues la señorita ha considerado que el lápiz de labios que me regalaste por nuestro aniversario era perfectamente adecuado para disfrazarse de payaso...

Anthony no pudo evitar sonreír al pensar en su pequeña de cinco años con dos enormes coloretos en la sonriente cara y la carísima barra de labios en una mano.

- No te preocupes amor, ya compraremos otra...
- Bueno, ten cuidado y procura llegar temprano, ya sabes que la niña no se duerme hasta que no le das un beso de buenas noches...
- Sí, lo sé. Me daré toda la prisa que pueda.
- Un beso..

La conexión se cortó con un suave click y Anthony volvió a concentrarse en la carretera. Durante los siguientes cinco minutos estuvo demasiado atareado maldiciendo al conductor que tenía delante por no estar lo suficientemente atento, pero cuando se hizo patente que se hallaba “oficialmente” en mitad de un atasco, Anthony, dejó de maldecir y encendió la radio para intentar que el tiempo pasase más deprisa y dejar de

pensar en la cara de desilusión que pondría la pequeña si no llegaba para darle su beso de buenas noches.

El reloj se acercaba peligrosamente a las once y el coche de Anthony continuaba parado en mitad de la carretera. Con gesto desesperado apretó el claxon y lanzó una de las maldiciones que aún no había usado aquella noche.

De repente, como si el universo entero hubiese empezado a funcionar de nuevo, los coches empezaron a moverse con cierta fluidez y, casi tan pronto como se había formado, el atasco desapareció. Anthony pisó el acelerador tratando, inútilmente, de recuperar el tiempo perdido.

Sandra era hija única y como padre primerizo aún no se sentía con fuerzas para desilusionar en lo más mínimo a la pequeña, Anthony, tenía la firme convicción, como muchos otros padres en su situación, de que en unos pocos años su hija empezaría a preferir a los amigos a su compañía, y por ello quería aprovechar al máximo la atención que ahora requería la pequeña.

Sobre las once y cuarto el Ford plateado de Anthony abandonó la autopista para adentrarse en el casco urbano. Las calles estaban casi desiertas pues la mayoría de la gente tenía que trabajar al día siguiente, pisó un poco más el acelerador y el coche avanzó del intrincado laberinto de calles que le separaban de su hogar. Anthony no vio la silueta recortada contra los faros hasta que fue demasiado tarde.

Tim, en realidad ese no era su nombre pero eso daba igual, continuaba mirándolo expectante.

- ¿Qué pasa? ¿Vas a cogerla de una puta vez o estas esperando a que me vuele el sobaco?

El malencarado chico, que media al menos el doble que Dan pese a tener casi la misma edad, se refería a la pistola semiautomática que ocultaba bajo la chaqueta. Con cierta reticencia, como si se tratase de algún animal peligroso que podía morderle la mano en cualquier momento, Dan, cogió el arma y se lo guardó rápidamente en el bolsillo del chaquetón.

- Bueno, espero que tardes menos en pagarme que en cogerla. – Soltando una palabrota que escandalizaría al más curtido estibador escupió al suelo. A los ojos de Dan, Tim, era un enigma en sí mismo. Por un lado todo el mundo le respetaba, al menos el mundo que a Dan le importaba, y al mismo tiempo no parecía tener más cerebro que el necesario para caminar y escupir al mismo tiempo. – Bueno “alelao” a ver si tienes “cuidao”.- Una risa, más parecida a un rebuzno que a otra cosa, Tim, se dio la vuelta para perderse entre las calles que le habían servido de escuela y casa.

Dan no estaba muy seguro de cómo había llegado a aquella situación. Apenas podía recordar la última vez que había comido algo caliente y en perdido en algún rincón de su memoria estaba el recuerdo de una cama suave y limpia, aunque no era consciente de haber dormido nunca en una.

A sus veinte años Dan parecía tener al menos treinta. Los pómulos hundidos y los huesos marcados por todo el cuerpo le daban el aspecto de un cadáver andante. En otra vida, hacía miles de años, había sido un niño querido, o al menos eso creía recordar, había personas que le habían cuidado y que se preocupaban por él. Sin embargo una combinación de mala suerte e ignorancia le habían convertido en el fantasma que era ahora.

Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico y, sin ningún pariente que le acogiera, Daniel había pasado de un hogar de acogida a otro. La depresión y el carácter influenciado del chiquillo le hicieron vulnerable a las malas compañías que, finalmente, desembocaron en una huida a las calles. Después de aquello el hambre y el frío habían sido sus únicos pensamientos. Siguiendo el ejemplo de su cuerpo su nombre también se había reducido y ahora todos le conocían como Dan, una sombra del joven que había sido.

La pistola que llevaba en el bolsillo de su remendado chaquetón, un botín rescatado del cubo de la basura, era el último paso que le conducía inexorablemente a un infierno que en su alocada huida de los hogares de acogida no había previsto. Tim, lo más parecido que había tenido en mucho tiempo a un amigo, le había dicho que la forma más sencilla de hacerse con dinero era tener un arma. De hecho el propio Tim había intercedido como aval para que un tipo, al que Dan ni siquiera conocía, se la vendiese. Ahora sólo tenía que buscar unas cuantas víctimas con las que obtener el dinero para pagarla. Después todo serían beneficios...

Durante aquella tarde el joven que una vez había sido Daniel se mantuvo expectante. Sentía hambre, cansancio y un fuerte dolor en las tripas que no sabía si atribuir a la mala nutrición o a los nervios. Dejó que el sol se elevase por el cielo y en un momento indeterminado el agotamiento le sumergió en un intranquilo sueño.

Cuando despertó, ya de noche, Dan tenía la impresión de que una parte de él seguía durmiendo, quizá eran sus escrúpulos o quizá simplemente se trataba de su miedo, de lo que si estaba seguro era de que tenía un arma en el bolsillo y mucha hambre como para plantearse no usarla.

Con paso vacilante salió de uno de los callejones oscuros y examinó la calle. Una alfombra de asfalto y diez escasos metros le separaban de su potencial víctima. La mano derecha se refugió en el bolsillo del chaquetón, quizá con la esperanza de no ver lo que su dueño iba a hacer, sin embargo un monstruo de metal le recibió con fría alegría y los dedos se cerraron en torno a la pistola.

Apelando a las últimas fuerzas que le quedaban, el pálido fantasma en que se había convertido, empezó a avanzar en la acera paralela a la de su víctima. El último resquicio de conciencia de Daniel susurró algo en su oído. Quizá era mejor olvidarse de todo, devolverle la pistola a Tim y morir sólo en un rincón... al menos conservaría algo de dignidad. Sin embargo la presa se detuvo. Parecía a punto de entrar en casa y él la hubiese dejado escapar, pero la mujer se entretuvo durante trece segundos, el tiempo necesario para que Dan acallara su conciencia y cruzara la calle en un par de zancadas. Era el momento, ahora o nunca.

El anciano del sombrero anticuado observó la escena con la mirada del que ha visto un milagro demasiadas veces como para que le sorprenda.

El joven demacrado cruzaba la calle, pistola en mano, en dirección hacia la anciana cuando dos focos aparecieron de la nada iluminando su delgado cuerpo.

Anthony pisó el freno hasta el fondo y las ruedas protestaron con vehemencia. Seguían protestando aun cuando el cuerpo de Daniel golpeó contra el capó y rebotó hacia el suelo.

Ana se giró sobresaltada para ver como un joven caía contra el asfalto como una marioneta a la que se le cortan todas las cuerdas a la vez. Toda la escena parecía desarrollarse a cámara lenta. Durante un instante fugaz la anciana creyó ver algo oscuro que salía despedido de la mano del joven, su mente lo registró y lo desechó casi en el mismo instante para centrar su atención en el muchacho que ahora estaba en el suelo. Anthony se quedó paralizado unos segundos en el interior del coche, su mente trataba desesperadamente de entender lo que había pasado, entonces vio a la anciana que se acercaba al joven que acababa de atropellar. Aquel pensamiento pasó a un primer plano: “He atropellado a una persona” y entonces reaccionó.

Daniel no estaba seguro de lo que había pasado. Durante un instante el mundo se había puesto bocabajo y ahora se sentía como si hubiese corrido los mil metros lisos. Un fuerte dolor le recorría las piernas y el costado izquierdo. Veía caras que le miraban por preocupación y por un instante pensó en sus padres. Sus padres a los que no había visto desde hacía tanto tiempo... No sabía por qué pero en ese momento, al pensar en sus padres, se dio cuenta de lo que realmente había estado a punto de hacer y sintió un dolor mucho más profundo que el que recorría su cuerpo.

Haciendo un pequeño esfuerzo miró su mano derecha. La pistola no estaba allí y por alguna razón eso le alegraba. Miró de nuevo los rostros preocupados que le hablaban y sintió una inmensa paz e incluso sentía gratitud hacía el conductor que le había detenido en el último momento. Finalmente una sonrisa se dibujó en el rostro del muchacho mientras su alma partía en busca tierras más cálidas.

El hombre guardó su reloj de bolsillo y observó desde las sombras el objeto metálico que había caído cerca de sus pies. Era la pistola que hacía tan sólo trece segundos el muchacho había empuñado con intención de atracar a Ana. Con gesto mecánico el anciano se agachó y recogió el arma y la guardó en el bolsillo de su abrigo. Nadie la echaría en falta. Al tocarla supo, de la misma forma en que sabía otras muchas cosas, que el muchacho realmente había tenido intención de usarla si la anciana hubiera mostrado la más mínima resistencia.

Mientras la estrecha calle se llenaba de luces intermitentes el hombre del sombrero de ala se perdió entre las calles de la enorme ciudad. El trabajo estaba hecho. Era cierto que se estaba haciendo viejo para aquellos encargos, las emociones empezaban a acecharle como aquel muchacho había acechado a la anciana, cada vez le era más difícil mantener la distancia... Y sin embargo quería creer que tanto esos sentimientos como la muerte del joven tenían un propósito. La única dificultad era entender el cuadro entero viendo sólo algunas pinceladas.